

## EL DEBATE, YA Y LOS "OTROS" CATOLICOS (\*)

POR

MIGUEL AYUSO

José María García Escudero ha dado a la estampa en poco tiempo dos magnos trabajos históricos y antológicos sobre *El Debate* y el *Ya*, confirmándose como uno de los escritores e historiadores más activos de nuestra actual república de las letras (1).

Con sus últimos libros viene, además, a engrosar el elenco de los que, partiendo de la trayectoria de un diario, tratan de reconstruir una opción intelectual y dar vida y explicación a un pensamiento. Un elenco cada vez más nutrido desde que Gonzalo Redondo diseccionase la evolución de *El Sol* como telón de fondo de las «empresas políticas de Ortega y Gasset» (2).

Desde luego, no deja de tener importancia la prensa como documento histórico. Y, cuando *El Debate*, en uno de sus editoriales escribía que «la historia pasa por nuestro lado todos los días» (3), no hacía sino reflejar la famosa opinión de Maculay según la cual la verdadera historia de un pueblo está en sus periódicos.

Pero no es este el aspecto que deseo comentar con los lec-

---

(\*) Subrayo el adjetivo indefinido «otros» porque, frente a la simplificación injusta y la reducción inadmisible en que incurre Javier Tusell en su reciente libro *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945-1957*, el catolicismo político no agota su virtualidad en las obras de la Acción Católica de Propagandistas. Antes, al contrario, en su seno alienta un semillero de corrientes plurales. *El Debate* o *Ya* son realizaciones que no sería lícito olvidar, pero el pensamiento tradicional ha dado lugar a empresas notables que, sin rigor alguno, son ahora marginadas y condenadas al silencio.

(1) José María García Escudero, *El pensamiento de El Debate. Un diario católico en las crisis de España (1911-1936)*, BAC, Madrid, 1983; id., *Ya, medio siglo de historia (1935-1985)*, BAC, Madrid, 1984.

(2) Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, Rialp, Madrid, 1970, 2 tomos.

(3) Editorial del 21 de noviembre de 1935; cfr. *El pensamiento de El Debate...*, cit., pág. 351.

tores de *Verbo*. Porque las investigaciones de García Escudero dan mucho más de sí, como pone de relieve el profesor Palacio Attard en el prólogo al primero de los libros objeto de esta nota: «La *Antología* y el *estudio introductorio* son algo menos que una historia exhaustiva de *El Debate*, aunque reúnen materiales para escribirlas; pero también son más que una simple historia de el periódico; porque *El Debate* se nos presenta en su doble aspecto de protagonista de la historia de nuestro siglo xx, y no sólo su testimonio» (4). Del *Ya, medio siglo de historia*, podría predicarse sin mayores violencias la misma opinión.

Aunque no conociéramos el segundo de los libros, bastaría cabalmente con el primero para que toda sombra de duda, si cupiere, sobre la intención del autor, hubiera de despejarse.

Por eso, prefiero dar a la luz primero las reflexiones que me sugirió en su día «El pensamiento de *El Debate*» y luego contrastarlas con lo que de nuevo aporta al planteamiento general el «medio siglo de historia» del *Ya*.

\* \* \*

El libro sobre *El Debate* lo es, a la vez, y en definitiva, sobre la coyuntura histórica de la II República y la actitud ante ella de la democracia cristiana. Sin duda ofrece mucho más que eso. Pero también es eso sobre todo.

El quehacer histórico y político de García Escudero es aval sobrado de la seriedad del intento. Aunque sea el conciliador y tibio de la «Historia política de las dos Españas» (5). Lo que no obsta para que quien firma estas líneas siga prefiriendo al crítico del democratismo y de la Restauración liberal en España.

El que con trazos magistrales —para demostrar que a nuestro pueblo «no puede imponérsele un Estado liberal» y que «la solución de la España de en medio no era tal solución, habiendo de optarse por una entre las dos Españas reales» (6)— desmontó ayer la leyenda del *buen liberalismo canovista* en su «De Cánovas a la República»; hoy acomete la empresa de historiar la labor *fallidamente consolidadora* de *El Debate* durante la II República y su eclosión de *liberalismo extremo*.

(4) *El pensamiento...*, cit., pág. xl.

(5) José María García Escudero, *Historia política de las dos Españas*, 2.ª ed., Madrid, 1976, 4 tomos.

(6) José María García Escudero, *De Cánovas a la República*, 2.ª ed., Rialp, Madrid, 1953, pág. 9. Esta obra constituye un fino análisis, documentado y sugerente, de «cómo 1936 fue el precio al que los españoles compramos 1874».

Es, por decirlo con término consagrado en la historia contemporánea, el «ralliement» de García Escudero. Que viene ya de muy atrás, pero que alcanza la madurez de la fragua ahora. De desestabilizador del canovismo a consolidador de la República.

Como al lector no escapará, el ilustre autor de quien vengo ocupándome ni recibió agravio de una Restauración que no llegó a conocer en los límites de su vida ni debe beneficio alguno a la República. Tanto ayer como hoy, cuando hace historia subyace una pretensión política a su relato. En su penúltimo libro, con la boca pequeña habla del acatamiento de los católicos a la República para hablarnos en el fondo de la «restauración democrática» de los ochenta.

Esta utilización, habitual por lo demás, de la historia como testigo de cargo no viene sino a poner de relieve la profunda verdad expresada por Radaelis en un jugoso y sugestivo ensayo: «La historia sirve a los hombres para dos cosas: para que hagan política o para entretenerlos» (7). O se extraen del excursus lecciones con vistas al presente o se utiliza la narración como mero divertimento.

No creo al señor García Escudero capaz de una pretensión tan frívola como la mencionada en segundo lugar. Lo que me inclina a atribuirle el primero de los designios.

Así han venido a reconocerlo los beneficiarios de la herencia que ha inventariado, devolviéndola a la luz. Así se deduce también, inequívocamente, de las palabras propias del autor: «Tiempo hubo, la última década del franquismo, en que el fiel continuador de *El Debate* que es el diario *Ya* no tuvo más que escribir sobre la plantilla de su antecesor para instar al régimen a una evolución cuya necesidad se obstinaba en no ver; pero, dado el momento en que se escriben estas líneas, no parece inoportuno presentar esta Antología, que viene a nosotros desde los lejanos años treinta, como la mejor guía política para los ochenta» (8).

La lección de *El Debate*, pues, apunta a nuestros días, a consolidar la democracia socialista de nuestro tiempo. En esto desfila del brazo con ciertos miembros del Episcopado. Monseñor Fernando Sebastián, su secretario, ha afirmado que la cuestión del aborto, con ser grave para la conciencia cristiana, no enfria-

(7) Cfr. Jorge Vigón, *Teoría del militarismo*, Rialp, Madrid, 1955, página 13, donde se refiere al ensayo de Radaelis sobre *La irreverencia histórica*, Buenos Aires, 1947.

(8) *El pensamiento...*, cit., pág. 166.

rá las relaciones de los obispos con el Gobierno. Y Monseñor Díaz Merchán, presidente de la Conferencia Episcopal, ha sostenido que no identifica al Gobierno con la campaña que contra los valores tradicionales de la civilización cristiana se ha desatado.

\* \* \*

El estudio del *Ya* sólo explicita lo que más veladamente muestra el de *El Debate*. Ambos, en la mente del autor, parecen estar íntimamente asociados, vinculados por un eje diamantino. Y no sólo por la cercanía o proximidad de ambos medios —«el *Ya* nació como un hermano menor de *El Debate*, dedicado a la actualidad con un enfoque popular» (9)—, sino por el paralelismo de las circunstancias de la vida española con que, dentro de las naturales diferencias, y a veces no despreciables, han tenido que vérselas y por la voluntad plenamente consciente con que las han afrontado.

Por eso, del *Ya* me interesa sobre todo lo que se refiere a la *apertura* y establecimiento de la democracia. Bien es verdad que tanto el autor como un crítico afín tan importante como Javier Tusell (10), aunque quizá por motivos diferentes, coinciden en esa valoración.

El período anterior a 1966, hasta 1952 incluso con un director impuesto por el Gobierno, no es útil a los propósitos a que apunta el libro. De ahí que se renuncie a espigar entre sus editoriales alguna significación ideológica peculiar, con la excusa, que usa Tusell, de que «no podía darse» o como pretexto García Escudero porque a lo largo de ese período «*Ya* es sólo un periódico secuestrado al servicio de una ideología que no es la suya» (11).

A partir de la Ley de Prensa empieza *Ya* a ensayar —siempre dentro de los cauces del régimen, me permito añadir— un proyecto de institucionalización en sentido liberalizador. García Escudero dice que recupera su voz (12).

A mi entender, y aunque no se pueda negar una cierta actitud crítica del diario durante el franquismo —en concreto el papel del grupo «Tácito» (13), en determinado momento casi om-

(9) *Ya, Medio siglo...*, cit., pág. 3.

(10) Cfr. su crítica, en el número del 20 de abril de 1985, del propio diario *Ya*.

(11) *Ya, Medio siglo...*, cit., pág. 7.

(12) *Ya, Medio siglo...*, cit., pág. 8.

(13) *Ya, Medio siglo...*, cit., pág. 23.

nipotente, destaca con relevancia en este punto—, quizá también, y por qué no decirlo, sea muy fácil destacar en la actualidad esos aspectos críticos que en circunstancias distintas hubieran sido susceptibles de una valoración sensiblemente contraria.

Pero será en la difusión entre los españoles de los principios de la convivencia democrática, donde se produzca el reencuentro del *Ya* con su pasado representado por *El Debate*. Tusell, en la crítica citada, escribe, a propósito: «La actitud de *Ya* fue la primera en el tiempo y, con toda probabilidad, la más coherente en la argumentación de las emitidas entonces. En otros sectores se llegó a la democracia por puro pragmatismo; pero en el *Ya* de una forma mucho más coherente y articulada».

En definitiva, viene a tener razón cuando sostiene la profunda influencia del periódico en la etapa preparatoria de la democracia: el régimen constitucional fue traído en buena parte por colaboradores del periódico y con el aplauso del mismo.

Después, el nuevo «estado de cosas», siempre que lo ha precisado, ha tenido en el «diario católico» un valioso aliado. Su actitud comprensiva en la legalización del Partido Comunista (14); el apoyo firmísimo a la Constitución laicista —con ataque incluido a la pastoral en la que el Cardenal Primado mostrara sus reticencias (15)—; o su bienvenida esperanzada al cambio socialista (16), lo acreditan con suficiente nitidez.

Hechos que sin duda habrán de pesar mucho en las balanzas de Dios y en las de la Historia. Para bien o para mal. Como timbre de gloria o como acusación fiscal.

\* \* \*

Ante el problema de gobernar a unas sociedades irreductiblemente divididas tienen los políticos dos maneras de intentar resolverlo: «La primera, aceptar como un hecho la división de la sociedad y procurar restituir a ésta la unidad moral perdida mediante la acción de un Poder que no se proclama neutral en

(14) Editoriales del 15-VII-76; 24-XII-76; 28-I-77; 10-IV-77 y 16-IV-77, reproducidos en las páginas 264, 278, 281, 287 y 287-88, respectivamente, de *Ya, Medio siglo...*, cit.

(15) Editorial de 30 de noviembre de 1978; referido en las páginas 329-330 de *Ya, Medio siglo...*, cit. Entre las páginas 317 y 330 se encuentran los principales editoriales sobre la Constitución.

(16) Editorial de 29 de octubre de 1982, en páginas 423-424 de *Ya, Medio siglo...*, cit. En las páginas 42 a 44; además de hablar de la «benévola actitud» de *El Debate* hacia el socialismo, compara el editorial que siguió a su victoria en las elecciones del 28 de octubre con el que *El Debate* obsequió a la naciente República el 15 de abril de 1931.

las contiendas ideológicas de los súbditos cuando afectan a los fundamentos de la convivencia. La segunda manera de intentar resolver el problema consiste en ignorarlo; desconocer que toda política es, en su entraña, dogma; rehuir el cortar y decidir y escoger unos principios tan vaporosos que bajo ellos quepan tontos y troyanos, rojos y blancos» (17).

Si traigo esta cita, evidentemente de tono distinto a las actuales de García Escudero, no es en modo alguno como reproche a su mudanza. Una mudanza que le ha llevado —en un asunto como el del Alzamiento— de «cumplir los veinte años como alférez provisional de infantería» a solidarizarse con cierta llamada telefónica que se hizo desde Friburgo. Si a pesar de su extensión he querido transcribir las palabras anteriores es porque ilustran a la perfección las dos escuelas políticas que perviven dentro del catolicismo. Aunque hoy, variadas sus preferencias, sólo tenga desprecio para la primera, sus ya antiguas palabras son paradigmáticas en su concisión. Y también en su elección.

Dom Delatte (18) distinguió también dos tipos de católicos en su «Vie de Dom Gueranger»: los que tienen por primer cuidado la libertad de la Iglesia y el mantenimiento de sus derechos en la sociedad cristiana; y los que se esfuerzan primeramente por determinar la dosis de cristianismo que la sociedad moderna puede soportar para invitar a la Iglesia enseguida a reducirse a ella.

Nuestro titempo, al par que ha abjurado con silencio culpable cuando no con denigración áspera de la estirpe de los primeros, ha conocido con abundancia el linaje de los segundos.

Convertido el recurso a la Historia en un método de eufemismo político, yo estoy dispuesto a intervenir echando mi cuarto a espadas. José María García Escudero, conforme con una voluntad inequívoca que he tratado de manifestar, ha exhumado la peripecia republicana de un diario y ha adecentado el papel de otro en la historia de la *transición-que-no-acaba*. Con su íntimo significado. Yo convoco aquí a los estudiosos para que arrojen luz sobre otras publicaciones coetáneas de aquéllas: *El Siglo Futuro* y *Acción Española* durante los treinta, y más adelante otras como *Arbor*, *Punta Europa*, *Atlántida* o *Verbo*.

En ellas está la fuente de la «otra» línea de pensamiento y conducta, de la que hoy estamos casi huérfanos cuando es im-

(17) *De Cánovas...*, cit., pág. 10.

(18) Cfr. Robert Harvard de la Montagne, *Historia de la democracia cristiana*, vers. castellana de J. J. Peña, Ed. Tradicionalista, Madrid, 1950, pág. 44.

prescindible para mantener viva la huella de nuestra identidad histórica y cultural. Representan la «otra» familia del catolicismo político: la del tradicionalismo y el alzamiento.

Si *El Debate* aceptó figurar como actor secundario en el reparto de la ortodoxia republicana, y si el *Ya* consiente en la función de turiferario de la «democracia avanzada», no está de más recordar que hubo «otros» equipos intelectuales que buscaran sañudamente o sostuvieron un régimen de Cristiandad.

Se hace preciso rescatar esas páginas perdidas de nuestra historia. La fe misma —en cuanto a su vivencia colectiva por un pueblo cristiano— está comprometida en ello, según explicación que debemos al cardenal Danielou (19). Otro escritor francés, Jean Madiran (20), escribió una vez que el «limes» entre Revolución y Contrarrevolución no radicaba tanto en la fe como en la obra social del cristianismo. Ningún diagnóstico más exacto. Lo contrario del socialismo no es el *Ya* o la democracia cristiana, es el pensamiento tradicional y el Estado confesional.

Y a quienes piensen que lo anterior les excusa como católicos —al no estar muchas veces en juego los dogmas de fe— de prestar su apoyo a las soluciones que defienden los «otros» católicos, hay que sacarles de su error. Porque no se trata de sutilezas de integristas, y, si las civilizaciones son mortales en verdad, no es menos cierto que las estructuras temporales pueden, al desplomarse, arrastrar en su caída las realidades eternas que reposan sobre ellas.

La gracia supone la naturaleza. Por eso, lo que destruye el orden humano ataca a la difusión de la gracia. Sobre el plexiglás no puede encarnar lo divino. Péguy lo había visto:

«Lo sobrenatural es a la vez carnal,  
y el árbol de la gracia habita en lo profundo...».

La democracia —convertida en nuestro tiempo en auténtica «religión civil»— al destruir las patrias hace incapaces a los hombres de encontrar a Dios.

(19) Cfr. Jean Danielou, *L'oraison, problème politique*, Fayard, París, 1965.

(20) Jean Madiran, «Notre politique», en *Itinéraires*, núm. 256, septiembre-octubre de 1981, págs. 3-25.